

Juan Freile Granizo

COMO SIENTO A OTAVALO

Ya van a ser diez años,
cuando en estas mismas circunstancias
alegrísimas,
charlando de Otavalo,
conversando de Bolívar,
decía,
en homenaje humilde y compañero,
que se acepte mi voz,
sencillamente.
Como aquella de un otavaleño de
corazón
venido en adopción desde Riobamba:
ahora,
después de una larga espera de cuatro
años,
en diáspora de sueños y actividades,
y perdón si mi charla solo es eso

puedo decirles nada más que
he regresado con ansias infinitas de
laguna,
con hambre de la luz del Empedrado,
con sed del Imbabura;
Taita amado,
he vuelto,
y es como estar acariciado por la pura
cobija para todos los Sarance...
Retorno a la blancura ciudadana
de San Luis, del Jordán, de Monserrate,
al agua campesina de San Pablo,
al árbol tutelar, a mis espaldas, de Rev-
Loma.
He vuelto, he regresado, he retornado
al capulí y al saúco,
a la cabuya,
a los cuyes de Quinchinche,
a las carnes coloradas,
al tostado,
al yamor
y al amor por Presencia
de Jonás
huído por ahora del vientre de la ballena.
He caminado,
sorteando las sutiles inmensidades del
Mojanda,
escapando
-con la pálida emoción de la aventura-
de un asalto fatal de los Remache
y sus fantasmas,
por el filo del páramo,
por las lanzas de oro de los pajonales,
esquivando chuquiraguas,
desde mi exilio hasta Otavalo:
y he llegado.

Entonces cómo no conversar con las
memorias
amables de este pueblo,
con las emociones de esta gente
y un himno pendonero,
o bailar en los Sanjuanés,
y embriagarme de churos y bocinas
corriendo por las lomas de danzantes.

He venido,
con la grata bufanda de los sueños
y un poncho de recuerdos
y una trenza transida de trigales,
con las alpargatas peregrinas
y un pantalón blanco hecho de espuna,
y un sombrero de paño como antes.

Me he llenado de fajas ancestrales
para adornar a mis palabras
con grullas y pumas y llamingos,
he escrito mis decires
con gráciles tapices.
con anacos
con lligllas,
con camisas,
con shigras
y con guangos.

En el ámbito dulce de estos cielos
ha contemplado,
después de mi venida,
cuando ya había llegado,
a Quinchucajas.
Peguiche,
San Rafael,
San Roque,
los pueblos y los ayllus,

los caciques
de cuando lo aborígen era reino
y Otavalo era extenso:
de Guayllabamba y sus algodonaes
al Guáitara agresivo, profundo, agreste.

Y pese a que no hay Puentos,
y que los Angos ya se han muerto,
rememoro:

Urcuquí,
Gualapuro,
Cachumued,
Imbaquí,
Maldonado, Caguasquí,
Cotacachi,
Tocagán, Abatag,
Pangabuela,
Atuntaquí,
San Antonio,
Gualchiquichín,
Valenzuela,
Corona Real,
Cayambe,
Taguacundo,
Chalarpuento,
Carpuela,
Malchinguí,
Cochasquí,
Tocachi.

Tantas cosas que vienen,
tantas cosas que desaparecen,
tantas otras que se van,
las que se han ido,
las que vendrán.

Y he regresado.
En el tótem de tierra primitivo

llamado Puntachil,
rescotado en su larga distancia de mil
años
he visto y escuchado,
he sentido, he palpado,
he acariciado
pasillos, yaravies,
esculturas.
Zapatos, trajes, joyas,
ladrillos,
adobes y pinturas,
ollas, pailas,
fachalinas.
Que grato es conversar con tanto amigo,
que entiende y que comprende
y me disculpan
-en cambio yo cuánto os agradezco-
si lo que digo
ha sido solamente
un deshilachado rememorar,
un absurdo sentir,
una canción, un grito,
y no un discurso de orden
que hable de Bolívar
o de esta casa,
de héroes ya muertos
y de otros cadáveres amables,
callemos,
no puede el corazón morder recuerdos
tan perpetuamente.
Perdónenme
si he hablado solamente de como siento
a Otavalo.

Otavalo, 29 de octubre de 1987